Roy Berocay

Leandro de la selva

loqueleo

1
El sándwich de la discordia

La señora Lydia estaba fascinada. Nunca antes había visto un mono. Bueno, sí había visto monos pero solo en zoológicos, donde esos seres peludos y graciosos hacían bobadas dentro de enormes jaulas; se sacaban los piojos, pedían comida y abrían caramelos que la gente les tiraba a pesar de los carteles que decían que estaba prohibido.

Pero este mono no estaba en una jaula. Con sus largos y peludos brazos, sus largas y peludas patas y su larga y peluda cola, estaba justo encima de ella, parado sobre la rama de una enorme higuera.

Era un mono algo flaco y más bien pequeño y ponía toda clase de caras que hacían reír a la señora Lydia. Ella cada tanto tenía que acomodarse los lentes para ver mejor, aplaudía y seguía mirándolo. No prestaba atención al sándwich de jamón y queso que la esperaba sobre la mesa de chapa junto a la botella de refresco. Ella lo había comprado recién y se había sentado allí, a la sombra, para un pequeño almuerzo. Se había sentado sola, porque estar todo el día con los demás pasajeros de la excursión la cansaba un poco. A la señora Lydia le gustaba comer tranquila y en silencio.

8

Una brisa húmeda y calurosa venía desde el río y traía el murmullo permanente de las cataratas del Iguazú. Desde el lugar de descanso, el agua sonaba como un motor lejano pero con el sonido pasado a través de una gruesa pared de algodón.

En los alrededores del árbol, una vieja higuera de tronco muy ancho y ramas que se extendían en todas las direcciones, decenas de turistas, llegados de muchas partes del mundo, aprovechaban para descansar de sus caminatas, seguir sacándole fotos a todo lo que pudieran y comer algo en los muchos sitios ubicados allí en el claro de los montes selváticos del parque. A la señora Lydia le parecía un árbol sacado de una película sobre la India.

Decidió que ya era hora de atacar su sándwich y giró la cabeza hacia la mesa. Pero encima del árbol el mono empezó a chillar y a saltar en la rama como si quisiera llamarle la atención. La señora Lydia volvió a mirar hacia arriba. Ahora el mono le tiraba hojas y le hacía toda clase de caras, mostrándole los dientes, yendo de un lado a otro, saltando.

Pero la señora Lydia, que había sacado un crédito para pagar su excursión hasta Iguazú, que había viajado más de veinte horas sentada en un ómnibus, que había cruzado aduanas, carreteras, subidas y bajadas a lo largo de cientos de kilómetros, ahora tenía hambre. Con sus compañeros de excursión había caminado toda la mañana recorriendo el parque, maravillándose con las diferentes caídas de agua.

Sin dejar de mirar al mono, estiró su mano hacia el sándwich. Sus dedos tantearon un plato vacío.

¡El sándwich ya no estaba!

La señora Lydia se acomodó los lentes, miró el plato, luego la mesa, la silla vacía al otro lado de la mesa y al suelo. Entonces lo vio: un coatí se alejaba corriendo con su sándwich en la boca.

–Bicho de porquería –murmuró bajito la señora Lydia mitad enojada y mitad divertida por la situación.

El coatí llegó hasta un pequeño muro, lo trepó y se reunió con otros coatíes. Los otros parecían reclamarle un pedazo de sándwich que él no estaba dispuesto a convidar.

Hubo chillidos como de ratas gigantes. Las colas levantadas de los coatíes iban de un lado a otro.

La señora Lydia se enderezó en su asiento y agarró su cámara de fotos. Estaba por sacar su foto 148 del día.

En ese momento, igual que un *spiderman* enano, el mono saltó desde el árbol, rebotó sobre la mesa de chapa y se lanzó al suelo a toda velocidad. La señora Lydia se asustó tanto que casi tira la cámara y derrama su refresco.

El mono corrió gritando hasta llegar al coatí que se estaba comiendo el sándwich. Entonces se le puso delante y le hizo toda clase de gestos, mostrándole los dientes, agitando los brazos y la cola. El coatí no se dio por enterado. Siguió masticando el sándwich. A su alrededor otros coatíes se movieron inquietos de aquí para allá por la presencia del intruso peludo. Sus colas parecían antenas.

De pronto el mono y el coatí se trenzaron en una terrible pelea. Durante unos segundos fueron un remolino de patas, brazos, colas, dientes y chillidos. Luego corrieron en círculos, con el mono furioso persiguiendo a su rival. Para no ser menos, los demás coatíes también

corrieron en círculos y chillaron. El mono logró agarrar al coatí por la cola. Otro remolino peludo rodó por el suelo. El coatí todavía tenía el sándwich en la boca.

Todos los animales corrieron entre las mesas. En algunos casos pasaron entre las piernas de los turistas que gritaban, reían y sacaban fotos. Algunos se levantaron asustados y se alejaron de la pelea. Hubo gritos humanos y animales, aunque era difícil distinguir unos de otros.

Ahora por el suelo rodaban mono, coatí y sándwich.

Se escuchó una especie de nuevo y agudo alarido animal y más alboroto. La gente tomó distancia. Una mujer rubia lo filmaba todo para después subirlo a *youtube*. Una madre, de pelo cortito y castaño, ojos verdes, no tan delgada como le habría gustado ser, de unos treinta y pocos años, había ido a comprar agua y se había perdido el comienzo de todo ese barullo. Ahora llegó corriendo y agarró de un brazo a su hijo. Era un niño de unos ocho o nueve años, flaco y también de pelo bien corto, que estaba parado mirando. Sacó al niño de un tirón, justo en el momento en el que el mono, con un gran pedazo de sándwich en una mano, le pasaba a ella entre las piernas, chillando y huyendo de cinco coatíes que lo perseguían.

–¡Mamá! –se quejó el niño tratando de soltarse–. El mono se enojó porque el otro le tenía que dar la mitad.

La madre suspiró. Es que su hijo, Leandro, tenía esas cosas. Cuando era más chico le avisaba cuando el perro estaba triste o quería salir. Hacía poco, una vez que iban por una calle, le dijo que un pájaro se había burlado de él. Ella a veces se preguntaba si no sería que

su hijo trataba de llamarle la atención. Le resultaba a veces difícil trabajar todo el día y ocuparse del niño. Incluso había consultado con una sicóloga, una veterana muy amable, de anteojos enormes, que le había dicho que no se hiciera problema, que el niño tenía mucha imaginación.

–El mono dijo que se va a vengar del coatí –explicó Leandro finalmente, soltándose de la mano de su mamá.

–¿Ah sí? –su madre se inclinó para hablarle bajito–. ¿Y qué le dijo el coatí?

–Que ya lo iban a agarrar al mono –dijo él, muy serio.

Mientras ellos hablaban, el mono pasó veloz al lado de la mesa de la señora Lydia, pero no trepó al árbol. Siguió corriendo unos cuantos metros y se perdió en los espesos arbustos que bordeaban la zona.

Los coatíes corrieron hasta el comienzo del bosque, pero no entraron. Se quedaron ahí, inquietos, como discutiendo qué hacer.

El niño se quedó mirando. Los coatíes regresaban, parecían soldados que volvían de una batalla perdida. Le pasaron al lado y volvieron a pasear entre las mesas para tratar de robar comida. Uno de ellos, el que había empezado todo el lío, tenía una pata lastimada y caminaba rengo detrás de sus compañeros.

–Ya lo vamos a agarrar a Bococo –dijo el coatí más grande que iba adelante–. Ese mono las va a pagar.

–Me mordió una pata –se quejó el que rengueaba.

–¿Te duele mucho? –preguntó otro.

Leandro se quedó callado. Su madre se ponía nerviosa cuando él le contaba lo que decían los animales. Así que lo hacía cada vez menos. Tampoco

comentaba nada en la escuela para que sus compañeros no se burlaran. Pero no era su culpa. Siempre había sido así. Siempre los había podido entender y comprendía por qué eso era raro. Aunque a él le parecía lo más natural del mundo.

Lo que Leandro no sabía, ni tampoco Marina, su mamá, ni la señora Lydia, era que por culpa de un sándwich de jamón y queso estaba por comenzar para los tres una gran aventura.